

TURISMO ENTRE MURALLAS

Se ha dicho algunas veces, y en ciertas, tristemente verdad, que, a la proyección de cualquier obra o empresa nunca nos sentimos demasiado generosos con respecto a la otorgación de las debidas facilidades. Efectivamente. Al cúmulo de inconveniencias propias de la organización de toda obra nueva, cabe contar siempre en que todavía deben ser salvadas una ingente porción de disposiciones, de cánones y reglamentos que se han ido acumulando en el transcurso de los años. Es este un parapeto que hay que afrontar, y que impávido resiste con todo el heroísmo que para sí quisieran las mejores causas. El proceso evolutivo de la legislación es tan lento, que es imposible que consiga marchar a compás del ultra-rápido siglo veinte. Lentitud que parece un reto lanzado al dinamismo de esta época, a la conveniencia y a la necesidad de ascender y remozarse.

El segundo inconveniente, tanto más terrible o fatal, es el falso concepto, el tristísimo concepto que, por lo que al turismo se refiere, tenemos sobre la forma de aplicar el producto y las ganancias de sus rentas.

Como en tantos otros casos la iniciativa privada, más libre de trabas y de prejuicios, comprende las cosas mucho mejor de lo que a veces se alcanza en otros ambientes. Aquí hemos visto el milagro que en esta Costa está realizando la iniciativa particular al revertir íntegramente todos sus beneficios en la ampliación y mejora de las pocas y deficientes instalaciones que poseíamos en esta zona. A Dios gracias hemos perdido el frío e inoperante concepto de la renta, ya que todo dividendo, como por arte de magia, se convierte en nuevo capital, gracias a lo que, como los granos de trigo en tablero de ajedrez, hemos logrado centuplicar nuestras ganancias iniciales. De no haber prevalecido este criterio, nuestros hoteles seguirían como antes; como sigue cada cosa sobre la que no se aplica esta mayor amplitud de miras. En éstas se ha echado mano de todos los ingresos, sin pensar que el turismo, como cualquier otra industria, precisa renovar y aumentar constantemente su utillaje. Si fuéramos algo más aficionados a la estadística, veríamos como las dos columnas de este balance no guardan entre sí la menor idea ni proporción. Aquí por lo visto solo cuenta el paisaje, cuyo dividendo y en divisas percibimos en cantidades fabulosas. Todo aquí da la impresión que estamos ya encantados de poder ir comiendo los huevos de esta gallina, sin importarnos aquella elemental previsión que reza para todas las cosas de esta vida. Y sobretodo en turismo que es donde

la competencia entre las diversas zonas del planeta alcanza mayores proporciones.

El tercer inconveniente es la rémora de ciertos prejuicios que nos impiden dar cumplida satisfacción a cuanto al particular posee la competencia. Nuestra organización en la Costa Brava no pasa hasta el momento de la categoría de discreta y por tanto solo apta para ese turismo de tipo mediano que aquí viene movido por la especulación de pagarle a buen precio sus divisas. Pero el turismo de cuerpo entero, el que en una noche puede reeditarnos lo que el otro en un mes, no puede en modo alguno avenirse a vivir únicamente de sol y de paisaje, ni menos conformarse con esa gran porción de sucedáneos que le estamos brindando en los tendetes de feria que por aquí se han montado a base de un tipismo de cuarta o quinta fila. Es mucho lo que nosotros de *motu proprio* nos venimos jaleando por lo poco y repintado que esta Costa posee. Si excluimos las excepciones de rigor, no estamos más que en el prefacio de un libro que no puede leerse, por la sencilla razón de que todavía no ha sido escrito.

El cuarto inconveniente ... ¿pero, para qué seguir? ¿No son acaso ya bastante los enunciados? ¿Qué más da uno más que uno menos? ¿Qué más da que sean de orden superior y extraño, o, que sean de orden local y por tanto perfectamente salvables? La cuestión estriba en que nadie da de sí lo que debiera, y entre inoperantes regateos, acaban perdiendo lo que pudo haber sido.

Eso sí. Lo único que sabemos es criticar despiadadamente a los pocos, que sin desmayo proyectan y trabajan. Los únicos que sienten y vibran por ese gran ideal que podría ser la Costa Brava con menos trabas y un poco más de cariño.

Solo Dios sabe cuantos proyectos se nos fueron a pique por las razones aducidas! Y si a la Costa Brava no le damos ciertas licencias, si no le devolvemos una parte —la que sea— de los productos que al país rinde, si no desechamos la rémora de ciertos prejuicios y, ciegos, nos dedicamos a la caza y captura de las rentas que con mucho esfuerzo hay quien consigue a la Costa Brava le cerramos todos los caminos que conducen a su propio engrandecimiento. Entonces la Costa Brava seguirá siendo lo que es: una simple aspiración, un deseo fallido. Pero nunca una realidad turística que pueda codearse con las más brillantes y famosas. Y ello en nuestras manos está, porque precisamente es nuestra generación la encargada de resolver esta preciosa papeleta.

EQUIS

Amora